

Comunicación, liderazgo e inclusión

HUMBERTO JAIMES QUERO

Los dardos de la revolución contra las familias de alcurnia, y los “apellidos malditos”, ya no despiertan simpatías en la multitud. Hastiado de promesas incumplidas y discursos de odio, el pueblo venezolano demanda líderes que apuesten a la unidad ciudadana, abandonen la polarización, generen riqueza y bienestar para todos. Desde una perspectiva macro, la comunicación en la sociedad deberá orientarse bajo estas premisas.

La verborrea oficial contra las familias de alcurnia y sus “apellidos malditos” ya no brilla ni conmueve a nadie, perdió credibilidad. Lo evidencian ciertos hechos; el más contundente, sin duda, es el estruendoso éxito político de María Corina Machado, una mujer de abolengo, aguerrida, representante de una estirpe de empresarios y favorita para las elecciones presidenciales de este año.

¿Cómo es que una “mujer rica” supera abiertamente a cualquier personaje extraído de las filas socialistas, que dice defender a *Juan Bimba* y los excluidos? ¿Qué pasó con las consignas “Horror a la oligarquía” desenterradas de la Guerra Federal y adaptadas a la propaganda oficial para contrarrestar el advenimiento de factores contrarrevolucionarios?

Un caso parecido es el empresario Lorenzo Mendoza, propietario del pujante grupo Empresas Polar, quien también cuenta con los numeritos para llegar al Palacio de Gobierno, y con una amplia ventaja sobre los delfines de Hugo Chávez. Pese a que las circunstancias están a su favor, Mendoza ha preferido hacer mutis, mante-

nerse al margen de los complejos escenarios políticos, para no poner en riesgo la continuidad de la poderosa corporación de alimentos y bebidas.

Estas son las nuevas realidades del complejo escenario venezolano, como también lo es la poca credibilidad que tienen las promesas de inclusión social por parte de la revolución, después de veinticinco años de continuidad en el poder, las cuales no levantan simpatías en los millones de seres que sobreviven en una aguda pobreza. Lo más paradójico, es que este tipo de ofrecimiento es más creíble cuando proviene de líderes como Machado y Mendoza, situación que ha inquietado a los amos del poder rojo.

En efecto, tanto Machado como Mendoza son percibidos como líderes que facilitarían la generación de empleo y riqueza, situación que mejoraría la calidad de vida de las mayorías de la sociedad; son vistos como voces que prefieren la unidad entre los venezolanos, en lugar de la división y el conflicto; son apreciados porque han mostrado una narrativa diferente a la que llegó al poder hace veinticinco años, cuando un joven

DOSSIER

militar, proveniente de una familia muy humilde, prometió multiplicar la inclusión social, pero terminó alentando la pobreza, el rencor y la división en la población.

Desde ese momento, la inclusión social sigue siendo uno de los grandes desafíos en el escenario venezolano. También lo será en la campaña electoral de este año y la gestión de los futuros administradores de la cosa pública, aunque no sabemos si se atraviesa un conflicto con Guayana u otro evento que haga suspender los comicios. En este país destartado y distópico, todo es posible.

Estas son las nuevas realidades del complejo escenario venezolano, como también lo es la poca credibilidad que tienen las promesas de inclusión social por parte de la revolución, después de veinticinco años de continuidad en el poder, las cuales no levantan simpatías en los millones de seres que sobreviven en una aguda pobreza.

La agenda pública venezolana viene marcada por la inclusión social desde 1998, cuando el nuevo presidente, Hugo Chávez, la incorporó como premisa central de su omnipresente gestión comunicacional y propagandística. Al iniciar su mandato, el líder invitó a la unidad entre todos los venezolanos, para la nueva etapa que comenzaba bajo su pulso. Se supone que todos serían incluidos en el nuevo proyecto de nación que estaba emergiendo bajo su verbo.

¡Unámonos todos! Los negros y los blancos y los indios; los ricos y los pobres; los trabajadores y los empresarios; los políticos y los apolíticos; los de la izquierda y la derecha; los católicos y los protestantes y los ateos. Todos unámonos y seremos invencibles. (Conde, 1998)

La declaración despertó sorpresas en el público. ¿Es que acaso la población venezolana estaba dividida y enfrentada debido a las profundas diferencias de clase social, color de la piel, poder económico y otras características?

En su campaña electoral, Chávez había hecho importantes referencias a la exclusión social motivada por razones económicas, étnicas y culturales, lo que dio a su proyecto político una base popular importante que perduró durante varios años. En aquellos tiempos, Venezuela ya no vivía los tiempos de las vacas gordas, y la pobreza había alcanzado el 40 %, lo que evidenció un deterioro en los logros alcanzados durante el siglo pasado.

Según el sociólogo Roberto Briceño León, el siglo XX en Venezuela "... fue una centuria de inclusión en todos los aspectos de la vida social, lo que permitió la ruptura de barreras y la construcción de una sociedad más abierta, más igualitaria y más moderna" (Briceño León, 2021).

En efecto, la riqueza petrolera, las políticas del Estado, el sistema democrático y otros factores permitieron desarrollar la inclusión en diversas áreas: en la ciudad, para aquellos campesinos que migraron del campo a las urbes buscando fuentes de empleo, servicios y salarios; en el nivel territorial, en aquellas poblaciones apartadas, sin carreteras, que tras la construcción de vías de comunicación se integraron al conjunto nacional; en la política, cuando se permitió el voto a la mujer, y la participación de las organizaciones comunistas en la vida nacional; en las relaciones con los extranjeros, quienes fueron aceptados por la sociedad venezolana, caso de los europeos (y judíos) que huyeron de la Segunda Guerra Mundial, así como los latinoamericanos que se mudaron a Caracas, Valencia y otras ciudades; en el mestizaje, porque no hubo impedimentos para el cruce de los diferentes grupos étnicos y "raciales" que hoy conforman la población (Briceño León, 2021).

No obstante, el sociólogo reconoce que estos avances sufrieron un retroceso en el nuevo milenio, en la medida que se deterioraron la economía y los mecanismos institucionales de la sociedad que habían sido bastante exitosos durante la centuria pasada.

Desde su inicio, la revolución de Chávez dirigió numerosos programas para mejorar las condiciones de vida de la población excluida. Financiadas por los crecientes ingresos provenientes de las

pujantes exportaciones petroleras, las misiones sociales (Barrio Adentro, Milagro, Vivienda) y otras iniciativas tuvieron cierto impacto en las mayorías, despertaron esperanzas en el proceso revolucionario como vía para alcanzar un futuro mejor, un ascenso social.

Sin embargo, estos programas en realidad fueron ayudas momentáneas, “paños calientes”, incluso bajo ciertas condiciones de adhesión obligada al proyecto político bolivariano. En efecto, en diversos procesos electorales la revolución chantajeó a los sectores populares beneficiarios de tales programas, para que pudieran continuar disfrutando de las bondadosas ayudas.

Si esto fuera poco, debemos recordar las palabras de Jorge Giordani, varias veces ministro de Planificación y Finanzas, entre 1999 y 2013, respecto a la necesidad que tenía la revolución de mantener la pobreza como base de su capital político, según el testimonio del expresidente de Petróleos de Venezuela (PDVSA), general (r) Guaicaipuro Lameda. Para Giordani: “La revolución se trata de mantener a los pobres, pobres, pero con esperanza” (Mauricio Rubio, 2021).

Cuando vino la debacle de PDVSA y disminuyeron abruptamente los ingresos del Estado, tales esperanzas se evaporaron. La pobreza se disparó hasta alcanzar el 90 % (2023). Venezuela se convirtió en el país más pobre de América Latina, y el de mayor exclusión social, cuando unas décadas atrás había sido un modelo de todo lo contrario.

El tiempo demostró que los programas sociales solo fueron ayudas pasajeras, pues no facilitaron un ascenso social gradual, sólido y constante. La inclusión social debió forjarse a partir de unas políticas sostenibles en el tiempo, dirigidas a mejorar la economía, el salario, los servicios y la calidad de vida de las personas, en condiciones de libertad e independencia. Aquí entran el control de la inflación y el gasto público, los incentivos a la empresa privada, la creación de un ambiente propicio para la inversión, la revisión de los impuestos a la actividad productiva, entre otras alternativas que no cristalizaron.

A pesar de la catástrofe económica, la revolución continuó hablando de ayudar a los pobres mediante una “campaña permanente” desplegada en todo el aparato comunicacional oficial,

en un país donde el grueso de los ciudadanos no contaba –ni cuenta– con el apoyo del Estado ni el sector privado para satisfacer necesidades básicas como la salud, la educación y los servicios elementales. No en vano se habla de Venezuela como “el país del gofundme”, cuyos ciudadanos viven recaudando fondos privados a través de plataformas digitales, para costearse la atención médica y otras prioridades (Boris Muñoz, 2023).

La apariencia física puede ser un factor importante en la *imagen*, aceptación y credibilidad de las personas. También influyen sus ideas y acciones. Quienes son consideradas atractivas o de “buena apariencia” gozan de alta *credibilidad* para la promoción de productos y marcas, por ende, tienen más posibilidades de triunfar en ciertas actividades y mercados que aquellas que encarnan otra imagen. Pero decir “atractiva” implica hacer referencia a una serie atributos físicos que pueden estar asociados a prejuicios y estereotipos, elementos que frecuentemente desencadenan conflictos y divisiones en la sociedad.

Oriundo de una familia humilde de Barinas, de la “Venezuela profunda”, Hugo Chávez se proyectó como un personaje de procedencia popular, representativo de los amplios sectores que padecían una situación de exclusión a finales del siglo pasado. Igualmente, encarnaba la imagen de pueblo construida y reforzada por la industria de la comunicación. Otro tanto sucedía con su discurso orientado a la reivindicación de esas mayorías paupérrimas: siempre decía que los pobres, los discriminados y excluidos tendrían un mejor destino bajo el huracán revolucionario.

Esa imagen popular ayudó a su triunfo en las elecciones de 1998, frente a los principales aspirantes a Miraflores: Irene Sáez, la rubia ex Miss Universo (1981) y alcaldesa de Chacao; y Henrique Salas Römer, un *musiú* descendiente de alemanes que se desempeñó en el sector privado, y tuvo éxito como gobernador de Carabobo entre 1989 y 1995.

Nirva Camacho (2008), vocera de las organizaciones afrodescendientes venezolanas, cree que la apariencia física de Chávez contribuyó a su aceptación en 1998, así como sus ideas.

DOSSIER

¿Es que quiénes somos la mayoría? Chávez se parece más al pueblo, los que lo rechazan son aquellos que tienen sus ideas racistas. Afortunadamente este es un sector minoritario en la población. Son aquellos que se creen europeos, con mayor carga europea o gozan de una posición social más elevada... No solamente son los rasgos los que ayudaron a Chávez, para ese momento el pueblo venezolano ya estaba hartado, veníamos de una elección casi ilegítima, con una abstención casi del 70%. (Jaimes, 2008)

Como líder político, Chávez usó una narrativa de reivindicación de los excluidos sociales acompañada por fuertes descargas contra las familias de alcurnia, la burguesía, y los líderes políticos de Acción Democrática y Copei, que fueron los partidos dominantes entre 1958 y 1998; incluso, habló de "... freír en aceite la cabeza de los dirigentes de la Cuarta República". De hecho, en reiteradas oportunidades acudió a los ideales de las tropas de Ezequiel Zamora lanzados durante la Guerra Federal (1859-1863) que no han desaparecido del clima de agitación política casi permanente que vive el país desde 1998: "Horror a la oligarquía", "¡Oligarcas temblad!".

A partir de 2002, después de los dos paros petroleros liderados por la oposición, hechos que pusieron en jaque al gobierno de Chávez, se acentuó la exclusión como eje de la narrativa tanto de la revolución como de la oposición. El bombardeo de adjetivos y dardos venenosos desde ambas orillas de la contienda, se convirtió en el pan de cada día en buena parte de la opinión pública.

El oficialismo contó con el poder del Estado, tanto legal como comunicacional, para proyectar su discurso. Cualquier evento mediático oficial, desde las cadenas de Hugo Chávez hasta los más recientes templetos protagonizados por los herederos del líder, contaron con el aparato estatal, y casi sin limitación alguna. Este juego tuvo su contraparte en los sectores de oposición, incluidos algunos medios de comunicación y otros agentes, los cuales tuvieron su cuota de responsabilidad en la polarización, la división y los extremismos desatados en una sociedad que por momentos parecía más excluyente que incluyente.

El escritor Luis Britto García, militante de la revolución, sostiene que, a partir de 2001, los medios privados comenzaron a publicar informaciones y artículos de opinión que contenían toda suerte de insultos y palabrotas contra el presidente Chávez, los miembros de su gobierno y sus seguidores: lumpen, terroristas, ignorantes, malandros. Esto abarcó expresiones de racismo: monos, macacos, chimpancés, entre otras (Britto García, 2004). La misma fórmula se impuso en la otra orilla, dominada por el oficialismo, con su respectivo glosario: escuálido, burgués, oligarca, racista, blanquito.

Para Joel Acosta Chirinos, compañero de Chávez en el alzamiento militar del 4 de febrero de 1992, el carismático líder siempre tuvo rencor hacia los "todopoderosos" y "oligarcas":

Chávez siente genuino desprecio por la gente oligarca, en el sentido no solamente de la posesión de dinero sino de la afectación a través de gestos, de lenguaje... de modo que en eso hay en él una evidente bipolaridad de acercamiento al humilde y de rechazo a los todopoderosos. (Barrera Tyszka/Marcano, 2004: pp. 41-42).

El propio Chávez siempre reconoció su procedencia humilde, de estos sectores marginados a lo largo de la historia venezolana y latinoamericana, dijo ser parte de "... los chiquiticos del juego, los condenados de la historia... los negritos, los pelo malo, los sudacas...". (Blanco Muñoz, 1995: p. 112).

La revolución y su máxima estrella habían mostrado una narrativa ambigua: hablaban de inclusión de los pobres y los grupos vulnerables (afrodescendientes, indígenas, campesinos, pescadores, obreros, pobres) pero simultáneamente postulaban la exclusión de los grupos sociales con cierta posición económica, política y social, a los que responsabilizaban por la situación de los desfavorecidos. El dilema existencial de la revolución y el país se resumía en una consigna dicotómica: nosotros contra ellos, lema diametralmente opuesto a la tesis de la unidad expresada por el militar paracaidista, cuando cayó en Miraflores.

La revolución fortaleció la gestión comunicacional para consolidar su continuidad en el poder: incrementó el número de medios oficiales; profundizó la censura y las presiones sobre la prensa independiente; incrementó la inversión y la frecuencia de sus cuñas, avisos y demás piezas. Esto hizo que prácticamente Venezuela viviera en una “campana permanente” de anuncios, discursos y eventos oficiales anclados en la polarización y la exclusión.

La *marca* gobierno hizo uso de cierta simbología para distinguirse y posicionarse: apeló a la iconografía bolivariana, los símbolos patrios, el color rojo, la boina roja, los héroes de la independencia, diversos personajes de la izquierda latinoamericana, y tuvo a Hugo Chávez como el gran referente.

El “Estado anunciante” llenó las ciudades de murales alusivos a indígenas y afrodescendientes, nos recordó su irrestricto apoyo a las comunidades aborígenes, sectores que habían participado en el proceso constituyente de 1999, y tenían un viceministerio a su disposición. También decretó el día de la afrodescendencia, promulgó una *Ley orgánica contra la discriminación racial* (2011), y llevó a cabo numerosas iniciativas bajo esa orientación.

En fin, la revolución le dio visibilidad a los excluidos, les dio representación en la radio, la televisión, los impresos y el cine, más tarde en las redes sociales, aunque al mismo tiempo la “hegemonía comunicacional” desarrollada desde el poder central terminó siendo una manifestación de abierta exclusión hacia otras voces y sectores disidentes. Todo esto puso de manifiesto contradicciones que no se pueden obviar, expresadas en lemas como “Ahora Venezuela es de todos”, cuando la vida terrenal mostraba otra lectura.

El liderazgo de Chávez, la narrativa de inclusión social y los altos ingresos petroleros, le dieron una sólida popularidad al proceso bolivariano. Bajo estas condiciones, a la oposición se le hizo muy difícil competir en una elección presidencial, pues carecía de recursos económicos y comunicacionales para equipararse con su adversario, y, para más señas, no contaba con la imparcialidad del Consejo Nacional Electoral

(CNE). Tampoco tenía una narrativa social equiparable a la omnipresente propaganda oficial.

Manuel Rosales, de la organización política Un Nuevo Tiempo, no tuvo mayor opción frente a Hugo Chávez, en las elecciones presidenciales de 2006; pagó los costos de los dos paros petroleros de 2002, así como la falta de organización y propósito de la corriente que lo aupaba. En contraste, Henrique Capriles Radonski hizo una gran campaña en 2012, con una oposición mejor organizada y unificada, lo que le permitió movilizar a importantes sectores, aunque al final también sucumbió ante el ventajismo oficial.

(...) la revolución le dio visibilidad a los excluidos, les dio representación en la radio, la televisión, los impresos y el cine, más tarde en las redes sociales, aunque al mismo tiempo la “hegemonía comunicacional” desarrollada desde el poder central terminó siendo una manifestación de abierta exclusión hacia otras voces y sectores disidentes.

Con Capriles, mucho más que con Rosales, el oficialismo puso en práctica la polarización social como eje de la contienda. De Capriles Radonski se dijo, por ejemplo, que era de clase acomodada, de origen extranjero (europeo); que no era completamente venezolano; que era “blanco”; que representaba los intereses del capital nacional e internacional; que era judío y encarnaba los intereses contrarios a la geopolítica internacional de Chávez, amigo de Irán, Palestina y otros actores. Y, por supuesto, se dijo que defendía los intereses de Estados Unidos, la cuna del “imperialismo capitalista yanqui”. En algunas piezas y medios “alternativos”, Capriles fue considerado *gay* (homosexual) y objeto de burla por esta condición.

En contraste, el omnipresente Hugo Chávez, conocido por todos los venezolanos, no necesitaba presentación, pero sí reforzar sus atributos: era de procedencia social humilde; era cien por ciento venezolano; era criollo, zambo, mestizo; estaba a favor de las mayorías; defendía a los indígenas y afrodescendientes; era de religión cristiana; era un “macho” (heterosexual); y sus alia-

DOSSIER

dos en la comunidad internacional (Cuba, Irán, Brasil, Argentina, Ecuador) tenían lazos de profunda amistad con Venezuela. En pocas palabras: Chávez era el candidato de quienes pretendían ascender, y eso solo lo garantizaba la revolución “roja rojita”.

Finalmente, Chávez triunfó en los comicios de 2012, pero a los pocos meses falleció. Su muerte dejó a la revolución sin su principal referente. Fue necesario realizar nuevas elecciones para cubrir la vacante dejada por el líder, para el periodo presidencial 2013-2019.

Maduro fue presentado como el heredero Chávez, como el hombre que garantizaba la permanencia de la revolución. Ganó la presidencia en 2013, en medio de denuncias de fraude y poca transparencia, y con el tiempo trató de crear una imagen propia, más allá de ser un hijo de Chávez o “el presidente obrero”. Su segundo mandato (2019-2025), también fue producto de elecciones cuestionadas.

El segundo periodo de Maduro se caracterizó por la debacle económica del país y un alarmante retroceso en materia de inclusión social, lo que mermó de manera gradual las esperanzas del pueblo en la revolución. El año pasado, la pobreza alcanzó al 90 % de la población. No en vano, en los últimos años, cerca de 8 millones de venezolanos se marcharon de un país destruido, casi en ruinas, que los excluyó y expulsó.

Los últimos estudios de opinión (2023) revelan que la aceptación de Maduro se sitúa entre el 8 % y 20 %, y que la abrumadora mayoría de los venezolanos (alrededor del 80 %) desea un cambio político profundo. Estos resultados nos dicen que el mandatario tiene poca aceptación, y que la narrativa desarrollada por la revolución ya no es creíble, no rinde frutos. Allí entra el tema de la incorporación de importantes capas de la población a los estándares de vida mínimos de cualquier nación civilizada.

En las elecciones primarias de la oposición, celebradas en octubre pasado, María Corina Machado, líder de la organización Vente Venezuela, obtuvo una alta votación (90 %). En otros sondeos apareció como la principal figura con aspi-

raciones presidenciales serias, gracias a un apoyo que supera ampliamente a cualquier candidato (más del 50 % en algunos casos). Al cierre de 2023, era la primera aspirante en todos los estratos sociales del país.

¿Qué nos dicen estas cifras? Que la gran mayoría de los venezolanos está buscando nuevas opciones políticas, no cree en el oficialismo, en la narrativa de polarización social impuesta por la revolución; que ese liderazgo sea capaz de generar riqueza, crecimiento económico, empleo y otros objetivos que permitan prosperar, ascender, ser incluido; que las mayorías demandan un liderazgo que apueste a la unidad ciudadana, y abandone la polarización.

Esto explica que hombres como Lorenzo Mendoza, el propietario de Empresas Polar, en teoría puede desplazar a Maduro y cualquier dirigente del chavismo en el camino a la Presidencia de la República, tras unas elecciones presidenciales limpias y en igualdad de condiciones. Aunque sabemos que el empresario no ha mostrado tales aspiraciones.

Las dinámicas cambiaron en la opinión pública. Mendoza, por ejemplo, es responsable de generar alimentos, empleo, bienestar y ascenso social a miles de venezolanos, y esto es algo prioritario para una población sumergida en la miseria. No importa que sea rico de cuna, heredero de una fortuna. Lo relevante es que puede estimular la prosperidad para todos, condición que facilitaría un ascenso o una mejoría para las comunidades que viven en una situación de marginación.

Con María Corina Machado sucede algo similar. Fue criticada desde las voces del chavismo, por pertenecer a una familia de empresarios, por tener abolengo, por pertenecer a la “casta maldita del apellido Machado”, en palabras del presidente de la Asamblea Nacional, Jorge Rodríguez, durante una impulsiva intervención realizada el 26 de enero. Pero esos ataques lucen como verdaderos anacronismos. A propósito de ello, el historiador Elías Pino Iturrieta, comentó un día después, en su cuenta de “X”: “Palabras que no se oían desde los tiempos de la matanza federal, odios que se creían superados, oscuros resentimientos que se suponían enterrados por la historia...”.

Machado recalcó que los venezolanos se cansaron de las divisiones fomentadas por el chavismo, y más bien buscan puntos de encuentro:

El chavismo se propuso enfrentar y fragmentar a la sociedad, a todos: los de izquierda, derecha, blanco y negro, ricos y pobres, este y oeste, ahora los de afuera y los de dentro (del país) y nosotros hemos ido insurgiendo con esta fuerza que ha ido derribando esas divisiones, entendiendo dónde están las cosas que nos unen, y son cosas muy profundas. (Lugo, 2023)

De cara a las elecciones presidenciales, Machado aceptó un nuevo acuerdo nacional con todas las fuerzas políticas del país, en el cual está incluido el chavismo. De hecho, se presentó como la candidata “de todos los venezolanos”.

En las últimas horas, la revolución se empeñó en inhabilitarla para participar en la contienda electoral. Pero los analistas piensan que su papel no termina allí, pues goza de un capital político que puede marcar la agenda política venezolana de los próximos años, en un país que demanda una comunicación diferente a la que imperó en el último cuarto de siglo, y cuyos resultados están a la vista.

HUMBERTO JAIMES QUERO

Lic. Comunicación Social. Magíster en Historia de las Américas. Miembro de la Red para la Diversidad en el Periodismo Latinoamericano.

Referencias

- AGENCIA BOLIVARIANA DE NOTICIAS. (2006): “Denuncian ante CNE discriminación en propaganda Mi Negra”. Caracas, 14 de septiembre.
- ABREU SOJO, Iván (2001): “El estudio de la imagen pública: ¿la clave del éxito? Disponible en: <http://www.saladeprensa.org/>
- BLANCO MUÑOZ, Agustín (1995): *Habla el comandante*. P. 112. La entrevista fue realizada el 13 de junio, en Caracas.
- BRITTO GARCÍA, Luis (2004): *Dictadura mediática en Venezuela. Investigación de unos medios por encima de toda sospecha*. Caracas: Fondo Editorial Question.
- BRICEÑO-LEÓN, Roberto (2021): “Un siglo de inclusión social”. En: *Prodavinci*. <https://prodavinci.com/un-siglo-de-inclusion-social/24-de-enero-de-2021>.
- CANELÓN, Agrivalca (2013): El Estado anunciante. 14 años del “mito de gobierno” de Hugo Chávez. En: BISBAL, Mar- celino (coordinador). *Saldo en Rojo. Comunicaciones y cultura en la era bolivariana*. Colección Visión Venezuela. Caracas: Fundación Konrad Adenauer Stiftung/ Universidad Católica Andrés Bello. Pp. 94-130.
- COLOMINE, Luisa (1998): “Chávez reestructurará la deuda externa”. En: *El Universal*. Caracas, 17 de diciembre. P. 1-20.
- CONDE, Javier (2008). “Chávez 1998: ‘Unámonos todos’. Chávez 2008: ‘Vamos a pulverizarlos’”. En: *El Nacional*, Caracas, 6 de diciembre, p. 3.
- GONZÁLEZ ZAMBRANO, Biemel; MORALES TOVAR, Mirelis (2006): “Aquí, lo que hay es negra para rato”. En: *El Universal*, Caracas, 6 de diciembre. P. 3-1.
- HERNÁNDEZ, Clodovaldo (2008): “La oposición se pone negra”. En: *El Universal*, Caracas, 7 de noviembre. Versión Web.
- JAIMES QUERO, Humberto (2012): *Mejorando la raza*. Caracas: Gráficas Lauki.
- _____ (septiembre, 2008): Entrevista a Nirva Camacho. Caracas.
- LUGO, Omar (2023): “María Corina Machado: un acuerdo nacional debe incluir a chavistas” (Entrevista). En: *El Estímulo*, 8 de diciembre. Disponible en: <https://elestimulo.com/destacados/2023-12-08/maria-corina-machado-un-acuerdo-nacional-debe-incluir-a-chavistas-entrevista/>
- MARCANO, Cristina; BARRERA TYSZKA, Alberto (2012): *Hugo Chávez sin uniforme. Una historia personal*. México: Penguin Random House Grupo Editorial. Pp. 41-42.
- MÁRQUEZ, Patricia (2003): “Vacas flacas y odios gordos: la polarización en Venezuela”. En: *En Esta Venezuela: realidades y nuevos caminos*. MÁRQUEZ, Patricia y PIÑANGO, Ramón (Coordinadores). Caracas: Ediciones IESA. Pp. 29-46.
- MUÑOZ, Boris (2023): “El país del gofundme”. En: *El País* (América), 30 de diciembre. Disponible en: <https://elpais.com/america/2023-12-30/el-pais-de-gofundme.html>
- POLLAK, Angelina (1993): “¿Hay o no hay racismo en Venezuela?”. En: *Encuentros*, Año 7, N° 17. Tercer trimestre. Caracas: Asociación Cultural Humboldt. Pp. 21-25.
- RAMIREZ RIBES, María (compiladora) (2004): *¿Cabemos todos? Los desafíos de la inclusión*. Informe del Capítulo Venezolano del Club de Roma. Caracas.
- RUBIO, Mauricio (2021): “A la revolución le conviene la pobreza”. En: *El Espectador*, 2 de junio. Disponible en: <https://www.elspectador.com/opinion/columnistas/mauricio-rubio/a-la-revolucion-le-conviene-la-pobreza/>
- TABLANTE, Leopoldo (2006): “La pobreza como tema político y mediático en Venezuela portrait d’une société au quotidien”. En: *Venezuela. cahiers des ameriques latines*. 2006/3. P. 117-146. París: Institut des Hautes Etudes de l’Amérique Latine, l’Université Paris-III. <https://journals.openedition.org/cal/1731#tocto1n5>
- TORRES, Ana Teresa (2009): *La herencia de la tribu*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- VINOGRADOFF, Ludmila (2004): “Los pobres no salen de la pobreza”. En: *ABC*, 17 de febrero. <https://abcblogs.abc.es/bochinche-venezolano/cultura/los-pobres-no-salen-de-la-pobreza.html>